

# Lo que Maisie sabía

HENRY JAMES

Prólogo de Nora Catelli

Traducción de Sergio Pitol  
revisada por M.<sup>a</sup> Antonia de Miquel

Título original: *What Maisie Knew*

© de la traducción: Sergio Pitol, 1971

© de la traducción del prefacio: M.ª Antonia de Miquel, 2018

© del prólogo: Nora Catelli, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2018

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Las hijas de Edward Darley Boit* (detalle),  
de John Singer Sargent (1882), Museo de Bellas Artes de Boston.

Imagen de interior: Lamb House, Rye, East Sussex, Inglaterra;  
fotografía de Tony Hisgett, bajo licencia CC BY-SA 2.0, 2010.

Imagen de la solapa: Henry James, fotografía de William M.  
Van Der Weyde, c. 1900

ISBN: 978-84-17109-55-4

Depósito legal: B-22604-2018

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,  
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea  
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de  
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Lamb House en Rye, East Sussex, Inglaterra,  
residencia de Henry James de 1898 a 1916.



**PRÓLOGO**

**Lo que Maisie sabía: la muralla de los niños**

*Para Amanda C.*

Entre 1890 y 1900 Henry James escribió varios relatos sobre niños, niñas y adolescentes: son una mezcla asombrosa de folletines, *nouvelles* de terror, tratados enmascarados sobre la histeria, la paidofilia, el vampirismo y el placer de matar (tal vez en un caso, en *Otra vuelta de tuerca*, incluso la realización física del acto). No por casualidad son inmediatamente anteriores a algunos de los textos más escandalosos —para la época— de Sigmund Freud acerca de la sexualidad infantil.

Los más importantes son *Lo que Maisie sabía* (1897), *Otra vuelta de tuerca* (1898) y, a pesar de que su protagonista tiene dieciocho años, *La edad ingrata* (1899). Cada uno de ellos trata de un tema dominante: Maisie, desde los seis hasta los once o doce años, es una sabia administradora de sí misma, y constituye el ejemplo más claro de la función de la curiosidad infantil como mecanismo de control de lo que se quiere saber y de lo que no se soporta saber. *Otra vuelta de tuerca* es la historia de la vampirización y violación, por parte de los adultos, del alma y el cuerpo de dos niños. *La edad ingrata* es la visión de una jovencita del mer-

cado del matrimonio entre las clases altas inglesas: es casi puro diálogo, y el grado de insidia de las maledicencias y sobreentendidos alcanza una vertiginosa crispación.

Los tres inauguran la época del llamado «estilo maduro», epítome de los más exquisitos hallazgos jamesianos. Se dice que cuando murió, en 1916, pronunció una frase que parece la coronación de su propia literatura: «*So here it is at last, the distinguished thing*». ¿Cómo traducir al castellano este prodigio en que la muerte se presenta como «la cosa distinguida» y no como la Parca, el espectro, el esqueleto o simplemente la cosa? Nadie se había atrevido ni siquiera a parafrasearla en inglés, hasta que uno de los mejores críticos actuales de James, el norteamericano John Hillis Miller, la tradujo —paradoja— al alemán, siguiendo a Martin Heidegger, como «*das Ding*»: «la cosa» en sentido metafísico o, como después lo interpretara Jacques Lacan en francés: lo Real.

No sé hasta qué punto James llegaba a la pura experiencia metafísica, aunque desde luego conocía perfectamente los debates de la época: su hermano William fue uno de los más importantes filósofos estadounidenses, y él frecuentó al fundador de la semiótica, Charles Sanders Peirce. Más allá de su vinculación con la vivencia directa de lo filosófico, sin duda James fue un refinado innovador de la frase narrativa y un extraordinario administrador de los adjetivos, lo cual supone una aguda conciencia de los abismos del lenguaje. En esa sentencia póstuma, que se resiste a todas las interpretaciones, está el enigma de su arte: el enigma no es «la cosa», ente filosófico o psicoanalítico, sino que James la califique de «distinguida». Sin entregarse a esa espiral jamesiana enloquecida de circunloquios, matizaciones e insinuaciones, es impensable entenderlo. Y, sobre todo, es inimaginable la representación oblicua, retorcida, reticente y desconcertante de la percepción que tenemos de los otros y de nosotros mismos. Por todo ello ha generado una cantidad sustancial de análisis y comentarios, tanto de índole técnica como temática.

No hay nada en sus méritos que no pueda esgrimirse de cualquier otro maestro de la segunda mitad del siglo XIX: cada uno de ellos (Flaubert o Conrad, por ejemplo) poseen rasgos propios de estilo y son reconocibles en sus frases y sus flexiones. Pero lo singular en James es que no innovó únicamente en el párrafo, en la plasmación de la conciencia y en la mezcla de géneros, sino que, además, escribió el primer tratado técnico de la teoría de la novela. Por supuesto, no de manera explícita, sino de modo indirecto, parsimonioso y casi neurótico, desdoblándose: al cumplir sesenta años releyó toda su obra publicada hasta ese momento y, entre 1907 y 1908, publicó prólogos para la mayoría de sus relatos. Ése es su tratado, un ejercicio delicioso de narcisismo literario y severa penetración: son los veinticuatro volúmenes de la llamada «Edición de Nueva York», en la que póstumamente se incluyeron sus últimos libros con sus correspondientes prefacios, como *Las alas de la paloma* o *La copa dorada*, que Ezra Pound consideró incomparable, más allá de cualquier canon. Dijo: «Es como el caviar».

¿Es Henry James nuestro contemporáneo? ¿Podemos leerlo con los recursos que nos exigen James Joyce, Virginia Woolf, Samuel Beckett, Franz Kafka o Jorge Luis Borges? Quizá no; como Marcel Proust, nos arrastra a un mundo perdido y nos ahogamos allí. Ése es su encanto y su desafío. Pero una vez que hemos soportado la asfixia de los salones, hoteles, balnearios, *palazzi*, viajes, contrastes entre europeos y americanos, y nos hemos sometido a los cálculos de dotes, herencias, rentas y pobreza oculta de mujeres sin oficio o institutrices mal alimentadas que lo disimulan todo, como la pobre señora Wix de *Maisie*, obtenemos nuestra recompensa. Comprendemos que muchas de las maneras en que hoy leemos novelas y vemos cine, lo sepamos o no, vienen del archivo descomunal que fue la crítica de James sobre su propia producción. Sin saberlo, lo evocamos cuando hablamos de «punto de vista», de «disposición de la escena narrativa», de «dramatización», de «suspense» de «*ficelle*» («enlace» o «encadenamiento»), de

«foco», de «inteligencia central». Incluso la célebre idea de Alfred Hitchcock, el «McGuffin» —una suerte de «cebo» vacío para poner en marcha o sostener la trama—, se basa, más lejanamente, en alguno de los artilugios que James practicó y sobre los que después reflexionó, metódico, seguro y tranquilo.

No del todo tranquilo, sin embargo. También conoció el fracaso en su vida de soltero sociable, primero en su tierra natal, en Boston, y luego en 1875 en Londres, cuando a los treinta y dos años se estableció en Inglaterra. Muchos fracasos: sus intentos teatrales (al menos ocho dramas largos y una cantidad similar de *sketches*, monólogos u obras breves) no prosperaron y fueron cruelmente tratados por la crítica de la época.

Nos encontramos entonces ante uno de los autores que, entre finales del siglo XIX y principios del XX, convirtieron la novela en un arte tan elevado como la poesía o el teatro: la cumbre de la literatura ya no se hallaba sólo en aquellos géneros ilustres, sino también en los textos narrativos: desde Flaubert a Joyce y Proust.

¿Cómo se convirtió la novela en un absoluto estético? La pregunta es imposible de responder de modo tajante y único. Mejor preguntarse, quizá, cómo lo hizo James, cómo trabajaba para conseguirlo y qué podemos deducir de sus procedimientos en *Lo que Maisie sabía*. Primero, debemos recordar que las fuentes de su invención eran tan vulgares como variables. En sus *Cuadernos de notas* (1878-1911) están los chismes de sociedad, las anécdotas de donde salía el material en bruto. Y al material de Maisie y su familia les dedica allí páginas abundantes, que casi constituyen un cuento perfecto y hasta podrían sustituir la novela. Solo citaré una entrada, la del 12 de noviembre de 1892, en la que anota:

Hace dos días, durante una cena en casa de James Bryce [...], Mrs. Ashton nos habló de una situación que había conocido y de inmediato advertí que era posible transformar en un cuento. Un niño (varón o mujer, lo mismo da [...]) fue

*dividido* entre sus padres, que se habían divorciado. Por alguna razón el tribunal en vez de confiar la criatura exclusivamente a uno de los dos, como podría haber hecho, decretó que pasara, alternadamente, periodos iguales con cada uno. Ambos padres volvieron a casarse, y el niño iba de uno a tres meses a cada casa, encontrando una nueva madre en una y un nuevo padre en la otra. ¿No podría hacerse algo con la idea de una relación extraña y singular que se establece, primero, entre mi niña y cada uno de los nuevos padres y, segundo, entre uno de éstos y el otro, en torno a la criatura?

Y sigue:

La base de cualquier historia posible, de cualquier desarrollo, estaría en que la niña prefiriese al nuevo marido y la nueva mujer a los anteriores; esto es, que los verdaderos padres (en cuanto la hija deja de ser motivo de pelea) se volvieran indiferentes a ella, en tanto los otros se van interesando y encariñando cada vez más, hasta el punto de apasionarse. Quizá lo mejor de todo fuera convertir a la niña en renovada fuente de conflicto, de situaciones dramáticas, *du vivant* entre los padres originales. La indiferencia de éstos acerca a los nuevos padres, atraídos por una simpatía mutua. De ahí surge un «coqueteo», una aventura amorosa entre ambos que despierta suspicacia, celos, otra separación, etc., todo con la inocente en medio.

Junto con los rumores de la alta sociedad estaban sus propias fantasías, su admirable capacidad de introspección y su franqueza epistolar en las relaciones familiares, tanto con su exigente hermano William como con su inestable y talentosa hermana Alice. Además de esos cuadernos de notas llevaba diarios y era un corresponsal prolífico; también, siguiendo la costumbre de la época, publicaba crónicas de sus viajes. Al revés de lo que podría suponerse, no se limitó en ellas a las clases altas, aunque éstas fueran sus preferidas. Entre 1904 y 1905, cuando volvió a Estados Unidos tras

una ausencia de veinte años, visitó incluso la isla de Ellis, donde obligatoriamente se hacinaban los millones de inmigrantes que iban llegando desde todos los puertos europeos. Sus observaciones, reunidas en *The American Scene*, oscilan entre el desconcierto, la compasión, el asombro y la inquietud, lleno de ambivalencia y de contenidos y nunca abiertos prejuicios, sobre todo respecto de los judíos recién llegados de Europa del Este. No es azaroso que en *Lo que Maisie sabía* incluya al menos dos personajes de este origen ligados directamente al dinero y al intercambio entre sexo y patrimonio. En otras novelas suyas aparecen también figuras semejantes, aunque nada es más sorprendente, en el elenco de Maisie, que la «dama morena» rica que se incorpora al sórdido cortejo de amantes del padre de la niña. Aquí el prejuicio se desplaza —y se relativiza— hacia un modelo social impensable en la época: una mulata próspera y capaz de pagar a un blanco.

El desafío formal de James en esta novela consiste en construir primero un triángulo: lo que *ve* y *no ve* Maisie, lo que hacen los adultos responsables —padres, nuevos cónyuges, institutrices, criadas—, que miran pero *no ven* a Maisie, y lo que ven los lectores.

Los lectores, en esta novela, son mirones: James exige una comunidad de *voyeurs* dispuesta a espiar y gozar con lo que Maisie *no ve* para compararlo con lo que hacen los adultos y los lectores ven. Se acepta ese triángulo desde la primera línea, cuando el narrador nos informa del resultado del divorcio, de lo que se decía en sociedad de las posibles consecuencias de la partición de la niña y de los recién divorciados, los dos bellos, altos, imponentes. E inmediatamente, en el primer capítulo, se presenta a la niña y se pregunta a la comunidad de lectores cómo interpretar su papel en el relato:

Sería el sino de esta paciente niña ver mucho más de lo que podía entender, pero también entender mucho más de lo que cualquier otra niña, por paciente que fuera, hubiese

entendido jamás. Sólo el niño tamborilero de una balada o de un cuento podía estar en la línea de fuego tal como lo estaba ella. Debía ser testigo de emociones, que contemplaba como habría contemplado las imágenes arrojadas por una linterna mágica. Su pequeño mundo era fantasmagórico, formado por extrañas sombras que danzaban sobre una pantalla. Era como si toda la representación se hiciese sólo para ella, una pequeña niña asustada en medio de la penumbra de un gran teatro. De pronto, había sido introducida a la vida con una prodigalidad que era la consecuencia del egoísmo de los demás, y sólo la inocencia de su edad lograba alejarla del peligro.

Pero James sabe que no basta con la madre, el padre, la niña y el dinero. Entonces pasamos del triángulo —Maisie, los adultos, los lectores— a un hexágono. Están el padre, la madre, la niña, dos institutrices —una bella, la señorita Overmore, que se convertirá en la nueva mujer del padre, y otra bondadosa, pero sosa y casi indigente, la señora Wix, que permanecerá junto a Maisie a lo largo de toda la novela— y, por fin, el nuevo, rico, seductor y transitorio marido de la madre: sir Claude. Ya no es suficiente el tradicional adulterio del siglo XIX. James se lamentó una vez de que en Inglaterra se aceptase el divorcio, porque eso complicaba la tarea del novelista: la voluble pero católica Francia mantenía casada a la gente, por lo que no había que preocuparse por la circulación del dinero, que permanecía ligado al matrimonio y la dote. Alrededor se podían desplegar todas las variantes del amor ilícito sin tener que acudir a los tribunales ni preocuparse por pensiones o particiones de patrimonio.

En cambio, en Londres, como anota en su cuaderno James, es posible pensar en nuevos matrimonios cruzados y por tanto en constantes oscilaciones de dinero: cuando la señorita Overmore, la antigua institutriz de Maisie y nueva mujer de su padre, lo abandona por el próspero sir Claude, casado antes con la madre de Maisie, la imponente milady

queda a la intemperie y se ve obligada a buscar nuevos protectores. Y fuerza al ya empobrecido señor Farange, el también guapo padre de Maisie, a convertirse en una especie de mantenido tácito de la dama morena. Farange había cometido ya un error financiero: se habían visto menguados sus recursos económicos al casarse con la institutriz que después acaba en brazos de sir Claude. Cuando se unen Overmore y sir Claude, quedan desprotegidos los padres biológicos de Maisie y su mundo se amplía y restringe a la vez.

Maisie se cruza con todos, y James aprovecha a la niña como eje del tiovivo para introducir inesperadas amenazas: como he señalado, Ida, la madre de Maisie, tiene que recurrir, entre sus protectores, al menos a dos potentados judíos, un militar que resulta ser un canalla y hasta a un aventurero con el que quiere emprender un asentamiento en Sudáfrica. Y el señor Farange se ve obligado a dejarse mantener por esa «señora morena» cuya descripción tiende más hacia lo «mulato» que hacia la mera apariencia oscura:

La dama la miró casi tan asombrada, aunque desde luego no tan alarmada como cuando en la Exposición se había quedado boquiabierta ante las narices de la señora Beale. Lo cierto es que también Maisie se quedó boquiabierta: la señora era muy oscura. La niña tuvo literalmente la impresión de encontrarse ante un animal más que ante una «verdadera» dama; podía tratarse perfectamente de un inteligente caniche rizado o un espantoso mono vestido con faldas de lentejuelas. Tenía una nariz enorme, ojos demasiado pequeños, y un bigote que, la verdad, no era tan hermoso como el de sir Claude.

¿Con qué cuenta Maisie, según James, para resistir el desamor de sus verdaderos padres, el capricho de sus aparentemente afectuosos padrastros, uno de los cuales, sir Claude, se vuelve cada vez más cercano cuando ella pasa a ser una púber? En principio, usa el juego de la contrainformación: derrama sobre cada uno de ellos —incluso sobre los más

casuales, como el militar que episódicamente acompaña a su madre o la dama animalizada y oscura que irrumpe junto a su padre— fragmentos de observaciones sesgadas o pseudoinocentes entusiasmos. Después usa el silencio, la distracción, y a veces la pura apariencia del desamparo para poder resistir el abandono de sus padres o atraer la simpatía de sir Claude.

Se ha comparado *Lo que Maisie sabía* con el celeberrimo *Fragmento de análisis de un caso de Histeria* (1905) de Sigmund Freud, conocido como «El caso Dora», una obra maestra narrativa cuyas complejidades no abordaremos aquí. Sólo quiero señalar un rasgo que comparten Maisie y Dora. En el caso, una joven de dieciséis años, Dora, comete un intento de suicidio y el padre acude a Freud. La familia entera está en crisis, y Dora le cuenta a Freud que el desencadenante ha sido que el padre tenía una amante, la señora K. Tanto el marido de la señora K. como Dora conocían la situación y habían participado, al menos durante dos años, en el juego adúltero. Eran, de hecho, un cuarteto. Dora era además confidente de la señora K., y había contribuido para ocultar a su madre —la gran ausente, casi tan ausente como la madre de Maisie, de quien ésta no espera nada— el vínculo secreto, del que ella había participado con toda conciencia.

La semejanza entre Maisie y Dora consiste en que en ambos casos es indiscernible qué saben y cómo quieren administrar lo que saben. Algo las diferencia: Dora ya está incluida en el mercado judío-vienés del matrimonio, como la protagonista de *La edad ingrata* en el de Londres. Mientras que Maisie utiliza con sabiduría la muralla de la niñez hasta el final de la novela. Por eso la cuestión fundamental, aquí, es comprender que cuando se trata de deseo entre niños y adultos se trata siempre de poder, y que los niños confunden el poder del adulto con amor, mientras que los adultos creen que la seducción de los niños es amor, aunque en realidad sea un modo de defensa del débil. Cuando su madre se va, ella la contempla desde una «vieja muralla».

Cuando, al final, sir Claude se acerca demasiado a Maisie, ésta decide permanecer, a través de su fiel institutriz, la despreciada señora Wix, fuera de su alcance.

Una alianza de mujeres detrás de la muralla es la conclusión que se elige para esta novela. Es la única relación profunda entre dos personajes del mismo sexo en todo el relato. En este sentido, es una de las obras de James donde mejor consigue su autor velar las oscilaciones de la gran vergüenza que compartió él con Proust, aterrados ambos —hay cartas de James que lo atestiguan— ante el destino que sufrió Oscar Wilde cuando recorrió, unos años antes, el velo del amor que no se atrevía a decir su nombre.

El Henry James que nosotros leemos hoy está todo él permeado de figuras y alegorías del amor entre hombres, muchas veces enmascaradas, como en Proust, por amores heterosexuales. En un libro fundamental para entender este teatro equívoco, que a finales del siglo XIX y principios del XX mostró sin mostrar el nuevo escenario de los géneros y las identidades sexuales gozosas, entre el pánico y la exhibición, hay que recurrir a Eve Kosofsky Sedgwick (*Epistemología del armario*, 1990).

Ella señaló el modo en que las tramas amorosas entre hombres y mujeres disfrazaban las pasiones entre iguales —hombres o mujeres— y propuso que la prosa de James exhibía, en su preferencia por toda clase de alusiones cifradas y metáforas —oberturas, círculos, remolinos, hendiduras— claves para insinuar aquello que no podía proclamar.

Algo semejante sucede en esta novela: Maisie elige a la señora Wix, que carece de encanto, dinero, saberes o secretos. El solo dato relevante es que la institutriz le cuenta a su alumna, desde el principio, obsesivamente, que se le ha muerto una hija pequeña, y el narrador insinúa que no hay por qué creerla: lo único que quizá posea la señora Wix es una fantasía sentimental cuya función sería volverla tristemente interesante.

No es fiable, es débil, es maternal, es vulgar. Pero es fiel a la infancia de Maisie. No la desea adolescente, sino

que la defiende niña. Ella elige, en cualquier caso, a alguien que no es un peligro, que carece de poder y a la que podrá abandonar. Puede flotar sola y mostrar su capacidad para administrar sus propios secretos. Quizá sea esta obra una de las únicas de James en que el futuro de un personaje no sea la promesa de un fracaso.

Acaso en este sentido, en el rechazo de James a ofrecer al lector soluciones fáciles o previsibles condenas, reside la lección permanente del maestro. Esa lección atraviesa el siglo xx, supera las rupturas de las vanguardias y entrega al lector actual el placer infinito de contemplar lo que el propio James llamó una vez, en el prólogo a esta novela, el «despliegue de una conciencia» que se va plasmando, ante nosotros, con la libertad de una inocente y la astucia de una superviviente.

NORA CATELLI

Barcelona, julio de 2018



## PREFACIO

Observo de nuevo que el primero de estos tres relatos<sup>1</sup> constituye otro caso de crecimiento de un «gran roble» a partir de una pequeña bellota; pues *Lo que Maisie sabía* es como mínimo un árbol que se ha ramificado más allá de lo que, en un principio, cualquiera hubiese calculado que ese pequeño germen produciría. De forma accidental, alguien me mencionó de qué modo se vio afectada la situación de cierta desafortunada criatura, fruto de una pareja divorciada, según mi confidente, a causa del nuevo matrimonio de uno de sus progenitores, ya no recuerdo cuál; debido a las pocas ganas de gozar de su compañía que manifestó la nueva pareja no era fácil que las normas que regían su pequeña vida, las estancias alternas con su padre y su madre, perdurasen. Si en un principio cada uno de ellos había deseado, con inquina, mantener a la criatura alejada del otro, en aquellos momentos el progenitor que se había casado de nuevo trataba más bien de librarse de ella, es decir, que procuraba dejarla el mayor tiempo posible, más allá de las horas y temporadas acordadas, en manos de su adversario. Una negligencia que el otro consideraba de mala fe y que, por supuesto, sería restituida y vengada con la mis-

1. Este texto constituye la mayor parte del prefacio al volumen XI de la edición de Nueva York (1909), que incluye también dos relatos, *El pupilo* y *En la jaula*.

ma alevosía. La desventurada criatura, pues, se vio prácticamente repudiada, rebotando de una raqueta a otra cual pelota de tenis o volante de bádminton. Esta imagen no podía por menos de apelar vivamente a mi imaginación y se me figuró que podía ser el inicio de un relato, un relato que podía dar pie a una gran variedad de desarrollos. Recuerdo, sin embargo, haber pensado de inmediato que para que existiese un equilibrio adecuado, el segundo progenitor también debería volver a casarse, algo que en el caso que me refirieron era probable que sucediese muy pronto, y que de todos modos era lo que requería la situación ideal. Para que la desdicha de la pequeña víctima resultase del todo ejemplar, el segundo de los padrastros debería sentirse igualmente molesto por las obligaciones contraídas con la niña de un predecesor odiado. En consecuencia, el asunto sería bastante triste. Sin embargo, no estoy seguro de que sus posibilidades de interés me hubiesen atraído tanto de no haber sentido desde el principio que los hechos descarnados, presentados o concebidos de esa manera, no constituían en modo alguno su único atractivo.

Una vez tocados por la imaginación, era inevitable que proyectasen un haz de luz más potente, gracias al cual se hizo evidente que, aparte de la posibilidad de ser desdichada y de una situación deplorable, existía para la criatura la posibilidad de ser feliz y de tener una vida mejor. A su alrededor, la complejidad de la vida se convertiría entonces en delicadeza, en abundancia; de hecho, bastaba un leve giro para que la pequeña se viera rodeada de seguridad y confort. Incluso esbozados a vuelapluma, esos elementos desprendían la difusa aura pictórica que para un pintor representa el atractivo primordial de cualquier «sujeto» vivo; y, a medida que los analizaba más detenidamente, su brillo se tornó más intenso. Un análisis en profundidad acaba casi siempre convirtiéndose en la antorcha en la que arde el entusiasmo y la victoria cuando la aferra y la manipula la firme mano del artista; me refiero, por supuesto, a un entusiasmo en sordina y a una victoria modesta, que se

disfruta y se celebra no en las calles sino ante un altar interior. En casi todas las circunstancias, hay cien probabilidades contra una de que el proceso que aspira a lograr el mejor destilado de la verdad no resulte fácil desde el principio. Ése era, de hecho, el encanto de la imagen que se mostraba, en un principio, tan borrosa; esos elementos no podían sino combinarse, incluso en lo superficial, con una ironía profunda que penetrase más allá de lo obvio. En el postulado en bruto era posible barruntar algo así como un aroma encubierto; cuanta más atención le dedicaba, más evidente se hacía la fragancia. A esto he de añadir que, cuanto más arañaba la superficie y más profundizaba, más intensa resultaba su virtud para el olfato intelectual. Cuando por fin alcancé el destilado, como he dado en llamarlo, me encontré ante la encendida chispa dramática que brillaba en el foco de mi visión, que, a medida que mi soplo la avivaba, ardía más y con mayor claridad. Esta valiosa partícula constituía el núcleo de la irónica verdad, el punto más interesante que se derivaba de la situación de la criatura. En otras palabras, para satisfacer el intelecto era preciso preservar esa pequeña conciencia en expansión, cuyo registro de impresiones debía resultar plausible; y su preservación dependía más de haber gozado de ciertas ventajas, gracias a algún favor del que se hubiese beneficiado y a cierta confianza adquirida, que si la ignorancia y el dolor la hubiesen endurecido, nublado y esterilizado. Este estado más satisfactorio, en esa vida aún tan tierna, debía derivar de alguna función que no fuese la de limitarse a perturbar el egoísmo de sus padres, que, en apariencia, era la actitud que debía adoptar como crítica a la ruptura de éstos. La relación inicial se vería transmutada más adelante en otra; en vez de someterse a los vínculos heredados y a sus inevitables complejidades, nuestra pequeña hechicera crearía, sin proponérselo, nuevos elementos de este género, es decir, contribuiría a la formación de nuevos vínculos. De éstos, como si la niña estuviese dotada de una previsión diabólica, tanto ella como todos los demás sacarían grandes beneficios.

Me refiero a que la luz bajo la cual tan fácilmente creció mi visión implicaba un segundo matrimonio por ambas partes: sería suficiente con que el padre, una vez libre gracias al divorcio, contrajese segundas nupcias, y que la madre, gracias a esa misma libertad, adquiriese otro marido para que el asunto comenzase, por lo menos, a sostenerse correctamente. Eso crearía una lógica perfecta para lo que podría suceder a continuación, bastaría con que alguno de los nuevos actores poseyese cierta sensibilidad (incluso si su refinamiento era dudoso). Digamos que la causa principal que provocaría por parte de uno o de otra, y mejor aún por parte de ambos progenitores, el intento de eludir la cuota que le correspondía de su carga se debería, a fin de cuentas, a la incapacidad de cada uno para sobrellevar cualquier responsabilidad, y a una vulgar falta de aguante para soportarla: tendríamos así un motivo que no requeriría que los nuevos cónyuges de los padres manifestasen perversidad alguna, sino que prescindiría alegremente de ella. Por el simple hecho de su abandono, la niña crearía entre su padrastro y su madrastra una relación cuanto más íntima mejor, dramáticamente hablando. Por el solo atractivo de hallarse desatendida y la simple idea de que debía ser rescatada, tejería, con la mejor intención del mundo, una intrincada y compleja red; ella se convertiría entonces en el centro y el pretexto de un nuevo sistema de mala conducta, un sistema que además podría extenderse y ramificarse: en eso precisamente consistiría la verdadera ironía, ése sería el prometedor tema que lógicamente haría fructificar las sutilezas que yo, en un principio, había captado. No hay temas más humanos que aquellos que son capaces de testimoniar, a partir del caos de la vida, la íntima conexión entre felicidad y obligación, entre las cosas beneficiosas y las perjudiciales, esa medalla brillante y dura que constantemente oscila ante nuestros ojos, hecha de una extraña aleación, una de cuyas caras representa la razón y absolución de alguien, y la otra, su dolor y su equivocación. Vivir con toda intensidad, perplejidad y felicidad en

su terrible y confuso pequeño mundo sería, por lo tanto, el sino de mi interesante chiquilla mortal; uniendo a personas que, como mínimo, sería más correcto que estuviesen separadas; manteniendo separadas a aquellas que, como mínimo, sería más correcto que estuviesen juntas; prosperando, hasta cierto punto, a costa de muchas convenciones y buenos modales, del decoro, incluso, manteniendo la antorcha de la virtud encendida en una atmósfera que más bien debería apagarla; en definitiva, incentivando la confusión al agitar la perdida fragancia de un ideal frente al olor del egoísmo, sembrando en tierra estéril, por el solo hecho de estar ahí, la semilla de la vida moral.

Desde el principio me di cuenta de que mi liviano contenedor de conciencia, mecido por semejante corriente, en verdad no podía ser un tosco niño; pues, dejando de lado el hecho de que los chicos nunca están «presentes» del todo, la sensibilidad en las niñas es, en su tierna edad, sin duda mayor, y mi plan requería, por parte de su protagonista, una «profusión» de sensibilidad. Eso es algo que, sin caer en el ridículo, yo podía otorgarle a una niña cuyas facultades hubiesen sido zarandeadas; pero dependía tanto de ellas para que se entendiese mi historia que debía ser capaz de mostrar también, con absoluta certeza, que éstas eran intensas por naturaleza. De modo que, como es lógico, debía dar por supuesto que la disposición de mi heroína era de por sí prometedora, pero ante todo debía otorgarle facultades de percepción que se avivasen fácil e inagotablemente. Bien provista de ellas, aunque no de una forma tan burda como para desafiar lo probable, esta niña podría muy bien guiarme a lo largo de todo el curso de mi proyecto; un proyecto que, cada vez más atractivo a medida que le daba vueltas, y dignificado por su dificultad, que lo hacía aún más delicioso, consistía en hacer que su conciencia, que yo crearía limitada y así la mantendría, se convirtiese en el verdadero marco de mi retrato, al mismo tiempo que preservaba la integridad de todo aquello que presentaba. Así pues, con el encanto de dicha posibilidad,

el proyecto de «Maisie» se redondeó y adquirió relevancia; aunque debo añadir a este respecto que cualquier tema adquiere relevancia desde el momento en que uno se decide a expresarlo en todas sus facetas. Ya he apuntado en algún otro lugar, creo, que por lo que recuerdo de mi trabajo no ha existido ningún tema que, en un momento u otro de su desarrollo, y siempre dependiendo de que medien el nexo o el azar adecuados, no se haya negado a ser humilde, incluso (y tal vez en ese caso con mayor ahínco) cuando yo lo había elegido con cariño por su consciente e irremediable humildad. Una vez «fuera», como el perro doméstico cuyo temperamento no resiste el encierro, desafía cualquier silbido, anda suelto por ahí, husmea, busca y «ve» la vida; sólo es posible traerlo de vuelta si se le agarra bien e incluso entonces sólo es para darle un par de azotes inútiles. En cualquier caso, una idea que se presenta bajo un aspecto como el que he dejado entrever aquí justifica sobradamente su valor: ¿cómo podría no ser grande el valor de un plan que es posible elaborar con tanta elegancia? La complejidad general correría a cargo de las observaciones confusas y oscuras de la niña y sin embargo el todo, como he dicho, debía percibirse sin duda, honorablemente, a través de su débil inteligencia, o como mínimo ser avalado por su imponderable presencia, y al mismo tiempo ser capaz de desvelar su sentido.

Recuerdo que mi primer atisbo de esta atractiva posibilidad estuvo relacionado con el hecho de acotar mi retrato (que, como he dicho, debía lograr ser completo y coherente) a lo que la niña pudiese razonablemente haber comprendido, lo que hubiese podido interpretar y apreciar. Subsiguientes reflexiones y ensayos me demostraron que mi tema quedaba ahogado por tal rigor extremo. En el mejor de los casos, la mente de la niña dejaría grandes vacíos y lagunas; en consecuencia, incluso con un método aparentemente irreprochable sería imposible alcanzar la claridad del sentido. Debería ampliar el asunto hasta abarcar lo que mi asombrado testigo veía material e inevi-

tablemente, gran parte de lo cual ella no entendería en absoluto e incluso tal vez malinterpretaría. Adoptando esta estrategia, y sólo así, mi tarea se me antojaba factible. Me decanté, pues, por mostrarlo todo, la situación entera que rodeaba a la niña, pero únicamente en aquellas ocasiones en las que podía contar con su proximidad y su atención; sólo aquellas cosas que transcurrían delante de ella y despertaban su curiosidad, que la afectaban y la conmovían, para bien o para mal, ya fuese para causarle una ganancia o una pérdida perceptiva, de modo que nosotros, compañeros testigos, que éramos tan partícipes como ella, pero éramos también unos críticos más expertos, sintiésemos que la comprendíamos del todo. Este plan, para empezar, era de aplicación definida y medible, algo que suele conducir a la belleza; y, releendo la obra, he podido apreciar que parece estar satisfactoriamente regida por cierta gracia que la controla. Nada podría resultar más «logrado», creo, si se piensa en cuál era su feliz intención; y eso a despecho de ciertos aspectos que por momentos ensombrecen mi coherencia. Los niños cuentan con un poder de percepción que abarca mucho más que los términos que poseen para expresarse; su visión es en todo momento más rica, su comprensión incluso más sólida que el vocabulario al que pueden recurrir en esas circunstancias. Así pues, aunque en primera instancia pudiese parecer divertido ponerme límites en cuanto a la expresión se refiere, al igual que sucedía con la experiencia, se hizo enseguida evidente que dicho intento estaba abocado al fracaso. Por ello, la forma de expresión de Maisie desempeña un papel, puesto que sus conclusiones más inmediatas dependen de ella, pero nuestro propio comentario la acompaña constantemente y la magnifica. Esto es lo que, sin lugar a dudas, parece que a veces nos hace ir un tanto «más allá» de los hechos de su actuación como para que exageremos su relación con ellos. Aquí la diferencia estriba en el matiz: es su relación con los hechos, la actividad de su espíritu, la que determina nuestro interés; nos limitamos a sacar mayor

partido que ella de estas cosas. Sólo que, aunque es su interés el que provoca que nos intereseamos por esos asuntos, es inevitable que saquemos conclusiones que no se hallan aún al alcance de la niña y que, no obstante, son necesarias cuando aquellos aspectos relativos a ella y aquellas partes de su experiencia que es capaz de comprender se oscurecen para convertirse en otras cuestiones a las que lamentablemente no llega. Todo ello me proporcionó una pauta lógica a la que mantenerme fiel, me suministró la fuerza que agradece cualquiera que aspire a desentrañar un embrollo mientras se ocupa de esa tarea, la sensación de que estaba tirando de hilos que valían la pena: lo bastante fuertes, sutiles y enteros.

Por supuesto, existía además de éste otro aliciente prácticamente igual, pese a ser independiente de las cuestiones referentes a la estructura y la expresión. Se trataba del asunto, bastante distinto, de cuál había de ser la auténtica resistencia que debería otorgar a mi personaje principal, pues cierta intensidad, cierta continuidad en su resistencia era, sin duda, esencial en este caso. ¿Qué otra cosa, por parte de un ser tan joven, supondría resistir con éxito (es decir, resistir el esfuerzo de la observación y el asalto de la experiencia), sino mantenerse fresca en todo momento y ser incluso capaz de transmitir esa frescura? Pues hasta el final, Maisie ofrece a sus amigos el pequeño y rico espectáculo de los objetos que ha preservado gracias a su capacidad de asombro. En otras palabras, no deja de asombrarse hasta el final, hasta la muerte, hasta lo que podríamos denominar la muerte de su infancia; después de la cual (con el inevitable desplazamiento, más pronto o más tarde, de su punto de vista), su situación cambia y se convierte en algo muy distinto, sujeto a otras consideraciones y con un nuevo eje. El comportamiento determinado que la habrá llevado hasta ese punto, y que ha resultado tan exquisitamente interesante estudiar, se habrá agotado; nos encontraremos ante otra escala, otra perspectiva, otro horizonte. Mientras tanto, nuestra tarea consiste en

extraer de su actual comportamiento todo cuanto sea posible; y el hecho es que admitimos que como entretenimiento es insuperable. En verdad, creo que, aunque el asunto no poseyese otro atractivo, seguiría teniendo el muy raro y conspicuo de plasmar toda la escala de valores de la niña. Ella no es únicamente el extraordinario «centro irónico» que he apuntado anteriormente; posee la maravillosa relevancia de ser capaz de iluminar mucho más allá del alcance de su comprensión: de prestar a las personas y cosas más pobres, por el solo hecho de estar relacionadas con ella y por la importancia que les confiere un valioso componente de dignidad. De hecho, me dejo llevar por el entusiasmo de este asunto al apuntar cómo su «frescor» logra realzar elementos que son vulgares y vacíos de por sí. Cuando los toca, se convierten en sustancia para la poesía, la tragedia y el arte; basta, como digo, que se asombre ante ellos para que empiecen a tener significados, facetas, solidez y conexiones —conexiones con lo «universal»— a las que nunca hubiesen podido aspirar. Ida Farange por sí sola, digamos, o Beale por sí solo, cualquiera de los dos, de no estar relacionados con ella, ¿qué intensidad, qué «objetividad» (el grado más desarrollado del *ser* que se pueda imaginar para ellos) podrían alcanzar? ¿Cómo podrían recompensar el favor de nuestra atención?

Maisie los convierte a todos en seres portentosos al poner en juego su buena fe; a su madre principalmente, a mi modo de ver —salvo que haya fracasado del todo al describirla— la convierte en un ser concreto, inmenso y terrible; de esta manera, para nuestro beneficio, el retrato completo del personaje, el símbolo representado de forma impresionante, lo obtenemos gracias a una economía de medios que por sí misma resulta interesante. En mi opinión, hay dos momentos en particular en que disfrutamos al máximo de este efecto de magia asociativa. El pasaje en que se muestran los términos de la relación del padre con la insinuante, pero extraña y poco atractiva, señora a la que ha tenido la desafortunada idea de arrastrar a la niña a visitar

en plena noche es un ejemplo notable de las múltiples formas en que puede crearse el interés narrativo. Los crudos hechos son que Beale Farange es innoble, que la amiga que presenta a su hija es deplorable y que, si los contemplásemos aisladamente, la relación entre ambos nos produciría más bien rechazo. Pero en cuanto todo ello entra a formar parte del asombro de la niña, lo insignificante se desprende de él y la escena emerge y se impone: vívida, especial, cincelada hasta adquirir la dureza de lo inolvidable. Una escena que es exactamente lo que Beale e Ida y la señora Cuddon, e incluso sir Claude y la señora Beale nunca hubiesen logrado con sus pequeñas e imperdonables presunciones, es decir, una escena digna de atención. Otro caso notable es el inesperado encuentro de Maisie, mientras pasea por el parque con sir Claude, con su madre y el seductor acompañante de ésta, el alentador, el atractivo «capitán», a quien la señora Beale logra endosarle a la niña durante veinte minutos, mientras ella se encarga de su segundo marido. Aquí el elemento humano podría parecer en un principio demasiado pobre para poder ser trabajado, demasiado restringido el ámbito de acción de esos tres personajes maduros, tan estúpidos (¡lo estúpido que fue sir Claude al casarse con Ida!), tan vanidosos, tan superficiales, como para resultar de interés. Pero enseguida, al instante, la importancia de la niña, que se extiende y actúa de manera contagiosa, determina que su valoración total sea muy distinta. Mientras tanto, a nada está por supuesto tan habituado el observador de costumbres y retratista de la vida como a la grotesca rotundidad con que términos como «doloroso», «desagradable» y «repugnante» se aplican con frecuencia a sus resultados; hasta el punto de que su uso indiscriminado y continuo como conclusiones de peso refuerza su opinión respecto al sentido crítico de los círculos que con tanta abundancia los emplean. Naturalmente, en esa tesitura se hubiesen apresurado a advertirme que el implicar a una criatura en asuntos desagradables significaba incrementar la parte más repulsiva de éstos, y

que nada podía ser más odioso que atribuir a Maisie un conocimiento tan cercano de las repelentes inmoralidades que la rodean.

Lo único que se puede decir acerca de tales lecciones de lucidez es que, por más que uno las ha «descontado» de antemano, en términos generales, se ve decepcionado si no hacen su aparición en momentos determinados, pues ellas nos recuerdan que hay elementos que hasta el más sereno de los filósofos debe tener siempre presentes. El retratista de la vida debe redoblar sus esfuerzos cuando recibe aleccionamientos como éstos. El esfuerzo por ver y por representar la realidad tal como es no resulta tarea fácil frente a una fuerza incesante que todo lo embrolla. Al mismo tiempo, la ventaja es que ese estado de confusión constituye a su vez una de las realidades más nítidas, que posee color y forma y carácter, de hecho a menudo posee también un aspecto cómico, amplio y rico, y muchos de los signos y valores dignos de ser tenidos en cuenta. Así sucede, por ejemplo, a mi entender, cuando el principio que constituye el atractivo de Maisie, su indestructible frescor, en otras palabras, la vivacidad y la inteligencia gracias a las cuales es capaz de vibrar en ese aire infecto, de germinar en ese mundo inmoral, puede aparecer como algo estéril y sin sentido, o en el mejor de los casos, como algo desdeñable. Pero nadie capaz de juzgar la vida con interés desdeñaría las vibraciones más sutiles, huidizas e inquietas, que son sutiles, huidizas e inquietas gracias a la pasión que precede al conocimiento: ésa es sin duda una de las razones por las que el pasaje entre la niña y el amable, amistoso y feo caballero que, sentado con ella en los jardines de Kensington bajo un frondoso árbol, le habla de su madre en unos términos positivos que nunca nadie ha empleado antes, y con ello la conmueve, en lo filial y en lo moral, como nunca se ha conmovido, le da el mayor realce posible, al menos tal como yo lo veo, a la faceta más sólida del tema, y se convierte en el pasaje-tipo —favorecido por otras ventajas, si se me permite decirlo— que permite expresar su belleza.

El asombro activo, contributivo, encerrado en sí mismo, tal como lo he definido, en el cual la identidad de la niña se encuentra protegida y preservada, y que hace que su caso sea notable precisamente debido a la carga que sobrelleva, le aporta distinción, le aporta vitalidad y variedad, a través de su manejo de ésta; una carga que no hubiese tenido ese efecto de no haber sido monstruosa. Sin duda sería una lástima que nos hubiésemos visto privados de una reflexión tan justificada. «Maisie» es de 1907.

HENRY JAMES

LO QUE MAISIE SABÍA



El proceso había resultado interminable. No cabía duda de que el caso era complicado, pero, en lo que respecta a la custodia de la niña, la decisión del juez fue ratificada por el tribunal de apelación. El padre, pese a haber salido salpicado de pies a cabeza por el escándalo, había sabido defenderse bien, y a consecuencia de ello había conseguido la custodia de la niña. Nada tuvo que ver que la reputación de la madre hubiese salido más perjudicada que la suya, sino que el esplendor del rostro de aquella dama (que había sido ampliamente admirado en el tribunal) ponía aún más en evidencia cualquiera de sus defectos. Sin embargo, una cláusula añadida al segundo dictamen le amargó aquel dulce regusto a Beale Farange: la orden de restituir las dos mil seiscientas libras esterlinas que había obtenido de su mujer tres años atrás para la manutención de la niña, precisamente con la condición de que desistiera de la acción legal emprendida contra su esposa. Una suma que él había administrado y de la cual no había podido dar la menor cuenta. Esa obligación impuesta a su adversario resultó ser un bálsamo que, en buena medida, alivió el resentimiento de Ida, le hizo más soportable el escozor de su derrota y obligó evidentemente al señor Farange a agachar la cabeza. A éste le fue imposible restituir el dinero ni conseguir un empréstito por esa cantidad; así que después de una pelea apenas menos pública y menos indecorosa que la batalla inicial, la única salida fue un acuerdo propuesto por sus consejeros legales, que finalmente fue aceptado por los de ella.

Gracias a dicho acuerdo, le condonaron la deuda y la niña fue dividida de una manera digna del tribunal de Salomón. Fue dividida en dos, y las dos mitades se repartieron de forma imparcial entre los litigantes. La tendrían consigo por turnos de seis meses; la niña pasaría medio año con cada uno. Fue una resolución judicial extraña a los ojos de quienes todavía se hallaban cegados por la feroz luz arrojada por el tribunal sobre el padre y la madre, una luz que no mostraba en absoluto a ninguno de los progenitores como un modelo de juventud y de inocencia. Por consiguiente, lo que habría cabido esperar era el nombramiento *in loco parentis* de una tercera persona, algún amigo respetable o, por lo menos, presentable. Sin embargo, al parecer, la búsqueda de alguien con tales virtudes en el círculo de los Farange había resultado en vano, por lo que la única solución que finalmente podía allanar todas las dificultades, a menos que se enviara a Maisie a un internado, era el reparto de la tutela del modo que ya he mencionado. Sus padres tenían más razones para estar de acuerdo en esto de las que habían tenido nunca para ponerse de acuerdo en cualquier otra cuestión, y se dispusieron, por medio de la niña, a disfrutar de la notoriedad que se deriva de una vulgaridad que había quedado sobradamente atestiguada. Su ruptura había sido bastante sonada, y aunque juntos habían formado una pareja del todo insignificante, por separado ambos se convertían en personajes notables. ¿Acaso no resonaba, entre un público fácilmente impresionable, la idea de que debía tomarse alguna medida o de que alguna persona bondadosa debía dar un paso al frente? Y en efecto, una buena dama dio un paso o dos: era una pariente de la señora Farange, a la que le propuso que, ya que en su casa tenía niños y disponía de todos los medios y del personal necesario para atenderlos, le permitiera hacerse cargo del objeto de la disputa, a fin de que por lo menos uno de los padres fuera relevado de sus obligaciones. Esto suponría para Maisie, después de los inevitables seis meses con Beale, un cambio de ambiente aún mayor.

—¿Un cambio de ambiente aún mayor? —exclamó Ida—. ¿No será mejor cambio para ella pasar de las manos de ese salvaje vulgar a las de la persona que más lo detesta en el mundo?

—No, porque lo detestas tanto que siempre le estarás hablando de él. Tus continuas críticas conseguirán que lo tenga siempre presente.

La señora Farange abrió sus grandes ojos:

—¿Y qué debo hacer para contrarrestar las infamias que le dirá sobre mí?

En un primer momento, la buena dama no dijo nada, pero su silencio dejaba entrever un severo juicio sobre aquel punto de vista.

—¡Pobre chiquilla! —exclamó al fin, y aquellas palabras significaron el epitafio en la tumba de la infancia de Maisie. La abandonaron a su destino. Lo que estaba claro a los ojos de cualquiera era que el único lazo que la unía a sus padres era el hecho lamentable de que fuese un recipiente en el que verter la amargura, una frágil taza de porcelana en la que mezclar ácidos corrosivos. No habían solicitado su custodia para hacerle un bien, sino para tratar de hacerse daño, con su ayuda inconsciente, el uno al otro. Ella serviría para aplacar su ira y sellar su venganza, ya que tanto el marido como la esposa habían sido mutilados por igual por la pesada mano de la justicia, la cual, en definitiva, no había concedido, a pesar de sus furibundas exigencias, el todo a ninguna de las partes. Si cada uno debía contentarse con la mitad, eso parecía admitir que ninguno de los dos era tan despreciable como el otro pretendía, o, para plantearlo de un modo diferente, que ambos eran considerados igualmente indignos, ya que ninguno valía más que el otro. La madre habría querido, según sus propias palabras, prohibirle al padre «incluso mirar» a la niña, mientras que la objeción del padre se basaba en que hasta el más mínimo contacto con la madre «era ya de por sí contaminante». Ésos eran los principios contrapuestos según los cuales debía educarse a Maisie. Y ella tendría que

conciliarlos como pudiera. En un primer momento, nada podía resultar más conmovedor que esa alma inmaculada no tuviese la menor sospecha del calvario que le esperaba. Había quien se horrorizaba al pensar en lo que podían hacer de ella las dos personas encargadas de su custodia, pues nadie parecía concebir por anticipado que pudiesen hacer algo que no fuese funesto.

Pese a que en su círculo social las personas se pasaban la mayor parte del tiempo chismorreando acerca de las vidas de los demás, la pareja separada tenía ante sí unas perspectivas de intensa actividad. Afilaron sus espadas, con la sensación de que la batalla apenas había comenzado. De hecho, se sentían más casados que nunca, sobre todo porque el matrimonio nunca había sido para ellos más que un pretexto para pelearse de forma ininterrumpida. Ya antes hubo quienes tomaron partido, y después del divorcio siguió habiéndolos, pues tanto unos como otros veían que el futuro presentaba una sobreabundancia de temas sobre los que basar sus frívolas conversaciones. Los muchos amigos de los Farange se reunían para comentar sobre ellos y reavivar las discusiones entre cigarros y tazas de té. Todo el mundo aportaba cosas escandalosas, y nadie se sorprendía ya de que los hechos más indecentes se les imputaran a cualquiera de los cónyuges. La pareja suscitaba una atención social que en modo alguno suscitaba por separado. Era de esperar que los adeptos de Ida dijeran que Beale deseaba su sangre, y que los de él dijeran que si alguien le arrancaba los ojos a Beale sólo podía ser obra de su ex esposa. Hay que advertir que ambos eran extraordinariamente bien parecidos, aunque, de hecho, nadie se aventuraba más allá en su análisis. Por ejemplo, juntos medían casi tres metros y setenta centímetros, y nada era objeto de mayor discusión que saber qué parte de aquella suma correspondía a cada uno. El único defecto en la belleza de Ida era la longitud desproporcionada de un brazo, la causa tal vez de que derrotase con tanta frecuencia a su ex marido en el billar, juego en el que mostraba una superioridad que,

según ella, era la razón del resentimiento de Beale, al que él daba rienda suelta mediante actos de violencia física. Ida era excelente en el billar, y aquél era el primer mérito que se le atribuía en cuanto se mencionaba su nombre. Pese a su altura, todo lo que en ella hubiese podido crecer a lo ancho —y que en muchas mujeres aprovecha su consentimiento para hacerlo—, en su caso era, con una sola excepción, admirado y comentado por su pequeñez. La excepción eran sus ojos, que, aunque tal vez tenían un tamaño normal, resultaban desorbitados ante lo diminuto de los otros rasgos. La boca apenas era perceptible, mientras que sobre la medida de su talle se hacían libremente apuestas. Ida era una persona que cuando se dejaba ver en público —y lo hacía constantemente— daba la sensación de que ya se la había visto antes, y a veces hasta de haber sido demasiado vista. De manera que en los lugares habituales habría resultado una vulgaridad detenerse a mirarla. Eso sólo lo hacían los extraños, pero ellos, para diversión de los que la conocían, lo hacían en exceso, poniendo así en evidencia su condición de forasteros. Al igual que su marido, Ida llevaba la ropa de la misma manera que un tren transporta pasajeros. La gente había tomado la costumbre de comparar el gusto de ambos y discutir sobre el modo en que vestían, aunque en general preferían el estilo de Ida, por ser menos recargado, especialmente en lo relativo a joyas y flores. Beale Farange poseía atributos que la propia naturaleza le había proporcionado, uno de ellos era su tupida barba rubia, bruñida como una coraza de oro, y el eterno brillo de sus dientes que sus largos mostachos habían aprendido a no esconder, y que le conferían, en todo momento, un aire de gran alegría de vivir. En su juventud se había dedicado a la carrera diplomática, y durante un breve periodo de tiempo había sido agregado, sin sueldo, en una legación, lo cual a menudo le permitía decir: «En mis tiempos en Oriente...». No obstante, la historia reciente parecía haber prescindido de él, dejándolo de lado, anclado eternamente en Piccadilly. Todos conocían la cuantía

de sus ingresos, sólo dos mil quinientas libras al año. A la pobre Ida, que lo había dilapidado todo, ya no le quedaba más que su carruaje y un tío paralítico. Se decía que aquel viejo animal, como lo llamaban, atesoraba una cuantiosa fortuna. El porvenir de la niña estaba asegurado gracias a una astuta madrina, una tía difunta de Beale, que le había dejado algo de dinero, disponiéndolo de tal modo que los padres sólo pudieran apropiarse de lo que éste le rentara.

## CAPÍTULO I

El porvenir de la niña estaba asegurado, pero la nueva situación no podía dejar de desconcertar a una mente infantil que era muy consciente de que algo importante había ocurrido y que aguardaba con desasosiego los efectos de la magna causa. Sería el sino de esta paciente niña ver mucho más de lo que podía entender, pero también entender mucho más de lo que cualquier otra niña, por paciente que fuera, hubiese entendido jamás. Sólo el niño tamborilero de una balada o de un cuento podía estar en la línea de fuego tal como lo estaba ella. Debía ser testigo de emociones, que contemplaba como habría contemplado las imágenes arrojadas por una linterna mágica. Su pequeño mundo era fantasmagórico, formado por extrañas sombras que danzaban sobre una pantalla. Era como si toda la representación se hiciese sólo para ella, una pequeña niña asustada en medio de la penumbra de un gran teatro. De pronto, había sido introducida a la vida con una prodigalidad que era la consecuencia del egoísmo de los demás, y sólo la inocencia de su edad lograba alejarla del peligro.

El primer semestre lo pasó con su padre, quien lo único que le ahorró fue la lectura de las destempladas cartas que recibía de su madre. Se limitaba a enseñárselas, mientras las agitaba ante ella, mostrando su dentadura, y luego, para divertirla, las arrugaba y las arrojaba al fuego desde el

otro extremo de la habitación. Pero incluso en momentos como ése, Maisie sentía una angustiada fatiga, se sentía culpable por no estar a la altura de las circunstancias, a la vez que le fascinaba la fuerza con que los rígidos sobres sin abrir, cuyos grandes monogramas —Ida estaba colmada de monogramas— le habría gustado examinar, surcaban el aire como peligrosos misiles. El principal efecto de la magna causa era la gran importancia que se le atribuía a ella, y que se le revelaba sobre todo por la mayor familiaridad con que la trataban, zarandeaban de un lado a otro y la besaban, y por la mayor amabilidad que, en consecuencia, ella se veía obligada a mostrar. Por alguna razón, sus rasgos se habían vuelto más prominentes, puesto que no dejaban de pellizcárselos los caballeros que iban a visitar a su padre y que fumaban cigarrillos, cuyo humo le iba directamente a la cara. Algunos de estos caballeros le hacían encender fósforos y prender sus cigarrillos; otros, la sentaban sobre sus rodillas, le pellizcaban las piernas hasta hacerla chillar —sus chillidos eran muy admirados— y le achacaban que eran tan delgadas como palillos. Esa comparación se le quedó grabada en la mente y, a partir de entonces, tuvo la impresión de que carecía de algo que todos deseaban que tuviera. Descubrió lo que era: se trataba de una tendencia congénita a producir una sustancia a la que Moddle, su niñera, llamaba con una palabra corta y fea, y que ella asociaba durante las comidas con la parte blanda de la carne que no le gustaba. Maisie había superado ya la etapa en que no tenía que contentar a nadie, salvo a Moddle, quien, cuando iban a los jardines de Kensington, permanecía siempre sentada, muy erguida, en su banco, vigilando que la niña no se alejara demasiado mientras jugaba. El único deseo de Moddle era ése, y para ella era tan fácil satisfacerlo que las únicas sombras de aquella prolongada felicidad eran los momentos en que Maisie se ponía a pensar qué le hubiese podido ocurrir a ella si alguna vez, cuando regresara corriendo hacia el banco, no encontrase a Moddle allí sentada. Seguían yendo a los jardines, pero

algo había cambiado, pues ella se sentía constantemente obligada a observar las piernas de los otros niños y a preguntarle a su niñera si también eran como palillos. Moddle era muy sincera, y siempre respondía: «¡Oh, querida, nunca vas a encontrar otro par como las tuyas!». Eso parecía que tuviera alguna relación con otra cosa que Moddle le decía: «Lo que ocurre es que sientes la tensión, eso es lo que te pasa. Y cada vez la sentirás más, ya verás».

Así que, desde el principio, Maisie no sólo la sintió, sino que supo que la sentía. En parte, esto se debió a que su padre le dijo un día que él también la sentía, y a que le dijese a Moddle, en su presencia, que una de sus obligaciones era hacérselo entender a la niña. A los seis años, Maisie ya sabía que todo había cambiado por su culpa, que todo se había dispuesto para permitir que su padre pudiese dedicarse enteramente a ella. Siempre recordaría las palabras con que Moddle se lo hizo comprender. «Tu papá no quiere que te olvides, ya lo sabes, de lo mucho a lo que ha tenido que renunciar por ti.» A Maisie le daba la impresión de que la piel del rostro de Moddle estaba demasiado estirada, hasta el punto de que tenía que dolerle, y esta impresión no era nunca tan evidente como cuando pronunciaba, como a menudo tenía ocasión de hacerlo, aquellas palabras. La niña se preguntaba si no le dolería la cara entonces aún más que de costumbre. Sin embargo, no fue sino hasta un tiempo después cuando pudo asignar al cuadro de los sufrimientos de su padre, y particularmente a la actitud de la niñera frente a ellos, el significado que se esperaba que les atribuyese. Cuando tuvo la edad de espabilarse un poco, como decían los caballeros que habían criticado sus piernas, halló en su mente una colección de imágenes y ecos a los cuales podía asignar determinados significados; imágenes y ecos que permanecían almacenados en la penumbra de la infancia, en los cajones superiores de un armario oscuro, como si fuesen juegos para los que no era suficientemente mayor. Su tensión principal, sin embargo, era la de intentar comprender las cosas que su padre decía sobre su

madre, cosas a las que Moddle, en su mayoría, les echaba una rápida ojeada y, como si fuesen juguetes demasiado complicados o libros demasiado difíciles, le quitaba inmediatamente de las manos para guardarlas en el armario. Más adelante, Maisie descubriría allí una extraordinaria colección de objetos de este tipo, revueltos también, en el mismo receptáculo, con las cosas que su madre había dicho sobre su padre.

Sabía que llegaría un momento, cada vez más cercano, en el que su madre aparecería en la puerta para llevársela, y esto habría ensombrecido todos sus días si la ingeniosa Moddle no le hubiera escrito en un papel, con palabras de fácil comprensión, los muchos placeres de los que iba a disfrutar en la otra casa. Tales promesas iban desde «el tierno amor de una madre» hasta un «magnífico huevo pasado por agua para la cena», e incluían la posibilidad de que pudiera quedarse levantada para ver llegar a la dama en cuestión ataviada con todo tipo de sedas y terciopelos, y diamantes y perlas; de manera que, cuando llegó el momento crucial, fue realmente un alivio para Maisie sentir en el bolsillo aquella hoja de papel escrita por Moddle, y poder apretarla con fuerza. Ese momento crucial iba a proporcionarle también un recuerdo inolvidable, el de un extraño arrebató de Moddle en el comedor, quien, en respuesta a una observación que había hecho su padre, exclamó:

—¡Debería darle vergüenza, me sorprende que no se sonroje, señor, por su comportamiento!

El carruaje aguardaba en la puerta, con su madre en el interior. Un caballero que estaba también allí con ella, se reía a carcajadas. Su padre, que tenía a Maisie en brazos, se volvió hacia Moddle y le dijo:

—Ahora ajustaré cuentas con usted, señora mía.

Después de lo cual, repitió a Maisie, mientras la abrazaba y le mostraba sus dientes más que nunca, las palabras por las que la niñera lo había reprendido. Maisie en aquel momento no era tan consciente de ellas como de la extrañeza que le produjo la repentina falta de respeto de Moddle

y su rostro acalorado; sin embargo, fue capaz de repetir las cinco minutos después cuando, en el carruaje, su madre, toda besos, cintas, ojos, brazos, sonidos extraños y perfumes deliciosos, le preguntó:

—Y dime, ángel mío, ¿no te ha dado ese padre tan bruto que tienes ningún mensaje para tu madre, que tanto te quiere?

Entonces Maisie advirtió que las palabras pronunciadas por el bruto de su padre resonaban, después de todo, en sus pequeños y asombrados oídos, de los cuales, ante la solicitud de su madre, pasaron directamente a sus pequeños e inocentes labios:

—Me ha pedido que te dijera —repitió fielmente— que eres una cerda asquerosa.